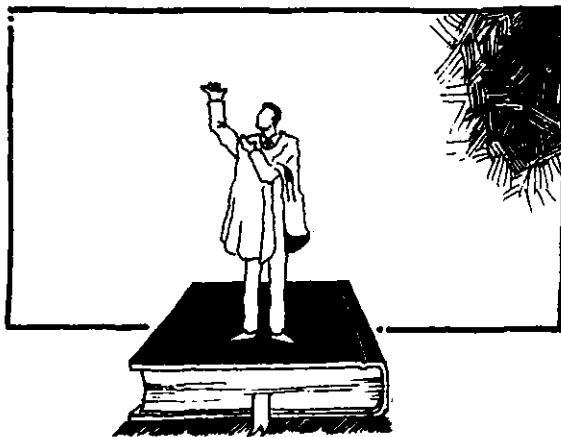


# CANCIONES DEL ALMA

*Thalía Cedeño*



**A**l leer a San Juan de la Cruz nada es más vívido que el camino que a través de los diversos estadios va llevando hasta los espacios elevados donde mora Dios.

Vemos, pues, cómo en las "Canciones del Alma" ésta va y se entrega hasta la consumación total de su santidad.

El poema empieza con una ambientación que recrea el momento y el

ánimo de San Juan, deleitado, fogoso, pero al mismo tiempo bañado de quietud inspiradora, dispuesto a emprender la aventura suprema del ser: la anulación de la voluntad humana que permita recibir

en su interior la esencia suprema, la conciencia superior. La decisión es ya privilegio de una alma elevada, de una alma escogida; allí, en medio de regocijo y de paz comienza su peregrinar:

*"En una noche oscura  
con ansias de amores  
inflamada  
¡Oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada  
estando ya mi casa  
sosegada;"*

La casa sosegada es el completo reposo del espíritu, el cuerpo no perturbado. Sólo en ese instante puede el ave emprender vuelo y lo inicia a hurtadillas del cuerpo, cuando éste ha olvidado su total y completa vinculación con la potencia física que ata al hombre y lo mantiene sujeto a su elemento primero, material. ¿Será una especie de insensibilidad en donde el cuerpo echa su raíz de nuevo en tierra firme, inamovible, y el alma se transporta hacia su principio vital? Lo cierto es que se divide, lo material queda inmóvil y el alma emprende su vuelo:

*"a oscuras y segura  
por la secreta escala,  
disfrazada  
¡Oh dichosa ventura!  
a oscuras y en celada  
estando y mi casa  
sosegada;"*

La reiteración de la oscuridad supone la existencia del camino que no se ve, pero ella (el alma) va segura, es decir guiada por el camino de ascensión o "secreta escala" disfrazada. ¿Disfrazada de qué? Trato de explicármelo. Sólo la luz puede irrumpir y avanzar sobre las tinieblas con velocidad insospechada, trasponer los espacios de la escalera superior y llegar al mundo desconocido por el hombre común. La envoltura que recubre al alma al salir del mundo de los sentidos es como una cápsula de protección que impide la penetración del ruido externo, y en medio del silencio y la quietud se avanza por el río de las horas como si navegara atraída por una fuerza que incita a su elemento a llegar hacia el principio de donde partió, para recibir la fortaleza y la enseñanza superior que no es la de aprender a realizar

prodigios que hagan al hombre diferente el uno del otro, no, se aprende a aceptar, se aprende a dar, a ser humilde, a obedecer y a comprender que aquella fuerza que nos atrae y depura es Dios y que debemos estar atentos a su llamado. Porque nadie lo ha visto en este tiempo, pero dícese que al comienzo el hombre lo veía y hablaba con él. Hasta en las mitologías indígenas se cuenta que de pronto, por el mar, aquí o allá, aparecía un sabio que enseñaba cosas buenas a los hombres de entonces y desaparecía. Pero volvamos a San Juan de la Cruz.

Dije que aprovecha el momento en que su cuerpo está sosegado y sólo en ese instante emprende camino:

*"en la noche dichosa  
en secreto que nadie me  
veía  
ni yo miraba cosa  
sin otra luz y guía.  
sino la que en el corazón  
ardía"*

El deseo de llegar a su meta es lo que lo transporta, lleno de gozo. El no sabe —totalmente entregado— que su propia luz es su verdadero guía y

no existe más deseo que el de su corazón, la perfecta unión con Dios:

*"Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz del  
mediodía  
a donde me esperaba  
quien yo bien me sabía  
en parte donde nadie  
parecía"*

La certeza del lugar a donde iba no es de dudar. Tal su seguridad en realizar aquel encuentro que en las tinieblas de lo demás todo para él resplandecía, y cerrados los ojos para que nada perturbe va hacia el lugar del amoroso encuentro:

*"¡Oh noche que guiaste!  
¡Oh noche amable más que  
la alborada!  
¡Oh noche que juntaste  
Amado con amada  
amada en el Amado  
transformada!"*

Después todo es exaltar en sentido poético aquella noche de misteriosa bondad que lo llevara hacia

su verdadero amor. Los versos alcanzan la expresión más alta en su tonalidad y repito: "¡Oh noche amable más que la alborada! / ¡Oh noche que juntaste/ Amado con amada! El Alma unida a su creador.

*"En mi pecho florido  
que entero para él solo se  
guardaba  
allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de cedros aire  
daba".*

Su alma regocijada se sume en un profundo sueño en donde la respiración se escucha y el viento es una válvula que trae olor a cedros. Sobre los prismas de la antigua fortaleza (casa de Dios) hierde el viento y corta sutilmente el contacto total con los sentidos hasta dejarlos suspendidos. Es que los sentidos son la causa total de nuestra concupiscencia. Y, ¿cómo se podrá estar en Dios si nos devoran como presas fáciles el amor por las cosas

terrenas? Llegar significa cortar. San Juan escoge el más sutil de los elementos, quizá para que no duela, para que no perturbe la unión total; entonces:

*"Quedeme y olvideme  
el rostro recliné sobre el  
Amado  
cesé todo y quedeme  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas  
olvidado".*

¿Mirar atrás?  
¿volverse? Ciega la razón se rinde ante la inteligencia del ser que escoge morar junto al amor verdadero. Se da entonces verdadera muerte para obtener la verdadera vida. Todo cesa en torno. Sobre quien reclina su rostro —parecería fantasía— lo envuelve, y ya lo que se es, un cuerpo frágil, queda entre la blancura y el aroma de las azucenas. El alma ha llegado al verdadero espacio, a la fortaleza siempre viva donde mora Dios.